

GRAN SUPER TERROR

HORROR 7

Lo mejor del terror contemporáneo

STEPHEN KING
y otros

Selección de J. N. Williamson



«Horror 7» reproduce el contenido de «Masques», la prestigiosa antología norteamericana de relatos inéditos (subrayamos inéditos) que reúne, a su vez, a los mejores clásicos contemporáneos y a los más audaces innovadores de la literatura de terror.

Agradecimientos

El editor desea expresar su agradecimiento por la ayuda, el consejo y el apoyo de muchos amigos, escritores, críticos, agentes y seguidores del vasto género del terror/lo sobrenatural. Es innegable que la siguiente lista alfabética resulta incompleta, pero la gratitud expresada no lo es.

Mike Ashley, British Fantasy Society; Comité Balrog Awards 1985; la inspiración de Charles Beaumont; Ray Bradbury; James H. Bready, *The Baltimore Sun*; Francis D. Burke; Ethel T. Cavanaugh; Carolyn Churchman; Don Congdon; Michael Congdon; Orson Scott Card; Nebula Awards Report; Delores J. Everts; Janet Fox, *Scavenger's Newsletter*; W. Paul Ganley; William Grabowski; Peter Heggie, The Authors Guild; el desaparecido Milton L. Hillman: *The Horror Show*; *The Inkling* (Marilyn Bailey); Tappan King, *Rod Serling's Twilight Zone Magazine*; Stephanie Leonard, *Castle Rock*; *Locus*; David Maclay; John B. Maclay III; Joyce Maclay; Robert R. McCammon; Kay McCauley; Kirby McCauley; Nancy Parsegian; *Publishers Weekly*; James Rooke; Stuart David Schiff; *Whispers*; Eric Slaughter, Waldenbooks; Milburn D. Smith, Starlog Group; Peter Straub; *Science Fiction Chronicle*; Anthony Timpone, *Fangoria*; Greg Todd, WRTV, Indianápolis; Bob y Phyllis Weinberg; Joseph V. Welhoelter; John K. Williamson; Mary T. Williamson, Midwest Literary Agency; Ron Wolfe; Dick Wolfsie, «Night Talk»; Comité World Fantasy Convention Awards 1985.

Introducción

En el béisbol, el más pastoral de los deportes norteamericanos, existe una mala suerte similar al *freem* del que Steve Allen solía hablar: el «cenizo» del segundo curso universitario. Tradicionalmente, este presagio de mala suerte suele saltar a la nariz de un jugador de segunda temporada cuyas habilidades, demostradas en la primera, disminuyen con rapidez y, en ocasiones, desaparecen como por arte de magia. Y cuando Pedro Prodigio vuelve a la liga, pero en segunda división, los aficionados dicen que «no pudo imprimirle a la pelota la parábola adecuada».

Al planificar esta antología tuve en mente el deporte que adoro. Por las noches, cuando tengo insomnio, me invento equipos de la Liga de Baloncesto de la NBA; cuando el problema de sustituir al defensa Isaiah Thomas se pone lo bastante peliagudo, suelo quedarme dormido. Hace tiempo imaginé una alineación con Rick McCammon a la cabeza, y la cosa funcionó muy bien. «Cambié» ideas y maravillas como un entrenador cambia a sus jugadores, y con un celo del que Casey Stengel se habría sentido orgulloso; más tarde, sentí que Rick —merecedor de nominaciones para el Balrog y el World Fantasy— era con toda probabilidad, nuestro jugador más valioso.

Pero en cuanto Steve King cumplió el compromiso adquirido conmigo, y me envió su relato más reciente, con lo cual dejó por sentado el hecho (por lo demás obvio) de que esta especie de Sultán de Swat es también un hombre de honor, detecté... algo que revoloteaba sobre mi tabique nasal. Tenía un sospechoso parecido con un *freem*.

Con tanto campo de aterrizaje por delante, decidí planificar esta antología del mismo modo que Red Auerbach, entrenador de baloncesto, solía sustituir a los cinco hombres del equipo titular por otros que, de inmediato, realizaban mucho mejor juego que el quinteto inicial. De lo contrario, todo el mundo se imaginaría que el viejo capitán y el equipo de ese año habían sido atacados a mordiscos por el mal agüero y no lograban imprimirle al balón la parábola exacta.

Además, me cuestioné si no sería posible buscar no sólo la mezcla adecuada de jugadores —incluyendo los repetidores y las estrellas que participaron en la liga de primeras figuras de otros editores, además de varios fenómenos— sino también del tipo de relatos que yo mismo había echado de menos en los últimos años en las colecciones y revistas del género.

Así fue como les pedí a los escritores que idearan historias inéditas que me asustaran, y que no fuesen oscuras o tenebrosas.

Los editores no buscan historias de este tipo porque para los escritores es difícil encontrar ambientes realmente originales en los que los monstruos y lo sobrenatural estén implicados, y mucho más difícil hacerlos creíbles.

Pero a este viejo capitán no le sorprendió que 1) nuestros hiladores de misterios espectrales pudieran con el reto, o que 2) los escritores de talento, seleccionados con sumo cuidado, contaran, paso a paso y palabra a palabra, con imaginaciones ávidas propias de una selección de campeones.

En cuanto a asustarme de otras maneras, al tener que desempeñar por ustedes el papel de primer lector, me complace afirmar que en estas páginas encontrarán, además, relatos de crudo realismo, estudios psicológicos, humor y sátiras procaces, ocultismo y fantasmagoría, intensidad y agudeza de ingenio. Corresponde ahora al lector de-

cidir si hemos logrado derrotar al «cenizo» del segundo curso.

Existe un motivo por el que ciertos editores rehúsan aceptar, por norma, un determinado tipo de relato, y es porque piensan, de verdad, que los lectores ya no creen en el mal o en lo sobrenatural. Es un verdadero placer para mí introducir en la alineación —como mi TO (timonel oficial)— a Charles Beaumont. En su comentario final para la excelente recopilación que Ballantine publicara en 1962, *The Fiend in You*, Beaumont escribió que los seres humanos, en la mayor parte de nuestra historia, hemos basado nuestras culturas, incluso nuestras naciones, en lo sobrenatural; «en poderes que superan el entendimiento» de cualquiera de nosotros.

Según Chuck, nuestro principal móvil era el miedo. El miedo a lo desconocido.

Y este malogrado escritor del género se preguntaba por qué —en el supuesto de que entendamos que «el miedo no es una entidad o una fuerza en sí mismo», y consideremos que «la muerte es el olvido»— siguen asustándonos los libros, los relatos, las historias y las obras que surgen de nuestros temores ancestrales.

Persiste una esencia en nosotros, «un sentido básico... de que no todas las cosas en este mundo son de este mundo», sostenía Beaumont. Y lo que «unos pocos seres humanos hacen» —aquellos que crean las obras de ficción— es dejar al descubierto la «cobertura barata de la civilización moderna», que hace de capa protectora..., para revelar y examinar ciertos poderes, fuerzas, humores y tramas de los que «deberíamos sentirnos aterrados».

De poco sirve argüir que han pasado casi treinta años desde que Charles Beaumont dijera todo esto. La bomba atómica, los locos y los asesinos, las drogas, las malas leyes y los políticos corruptos, las enfermedades y la muerte ya existían en 1962. De un modo u otro, los relatos que componen esta antología están aquí porque comparto la con-

vicción de Chuck. Aunque estoy absolutamente de acuerdo en que las obras de terror deben explorar, en parte, los vericuetos de nuestras mentes, los siniestros acontecimientos de las noticias cotidianas, no soy de la opinión de que el mal esté muerto, ni de que la muerte sea para siempre. No creo, ni por un instante, que lo sobrenatural sea *passé*, ni que todo pueda ser explicado por la ciencia (al menos, lo que ha pasado). Pienso que no todas las sorpresas y emociones que nos están reservadas puedan ser descubiertas sólo y exclusivamente en las profundidades de la psique del hombre, aunque tampoco creo que todo ello sea, en definitiva, inexplicable.

Desde el punto de vista del recopilador y el editor, estas antologías aceptan como sobrecogedora probabilidad que «no todas las cosas en este mundo son de este mundo». Y consideramos que disfrutar de los relatos y novelas en los que se ejemplifican las creencias de Beaumont es tan importante como sacar provecho de la escuela más seria y sesuda de la ficción realista o existencial.

¡El partido comienza... y dejad que la música del espíritu de la noche se empiece a oír!

Popsy

STEPHEN KING

Stephen King es alto, naturalmente circunspecto aunque accesible, tiene cierta tendencia a entrecerrar los párpados, y resulta que es hombre de palabra. Eso no lo convierte en algo único entre los trabajadores de la palabra, quienes, en su mayoría, me parecen todos hombres y mujeres honorables. Hecho que lo coloca en una selecta compañía entre las personas de fama extraordinaria, creo.

Eso, su talento, y su laboriosidad.

Presentar a Steve es algo así como presentar a Abraham Lincoln. O a Muhammad Ali; o a Billie Jean King (con quien no tiene parentesco alguno). Mi suegra no ha leído una sola palabra escrita por él, pero eso no me molesta; tampoco ha leído nada de mi obra.

El mordaz e imaginativo Jim Kisner sugiere que «la mayoría de la gente no piensa en King como en un escritor de temas de terror», juicio que surge, según creo, no tanto de la forma en que es promocionado como de su versátil producción. Este nuevo relato es sencillo, un tanto irónico, y distinto de la mayor parte de las cosas que ha escrito. El sentido de la fatalidad de esta historia hará que usted vito-ree... a «Popsy».

Sheridan circulaba despacio por el largo y vacío paseo del centro comercial cuando vio salir al pequeño por la puerta principal, justo debajo del letrero luminoso de COUNTOWN. El niño tendría quizá unos tres años, aunque estaba bastante desarrollado para esa edad, pero seguro que no pasaba de los cinco. Llevaba en el rostro una expresión con la que Sheridan había llegado a armonizar exquisitamente. El pequeño intentaba no echarse a llorar, aunque no tardaría mucho en hacerlo.

Sheridan vaciló un momento; sintió la suave y conocida oleada de desprecio por sí mismo... pero cada vez que se llevaba un niño, esa sensación se hacía menos urgente. La primera vez, había pasado una semana con insomnio. No dejaba de pensar en aquel enorme y grasiento turco, que se hacía llamar señor Mago, y no cesaba de preguntarse qué hacía con los niños.

—Van a pasear en barco, señor Sheridan —le había respondido el turco.

Aunque aquello, a sus oídos, sonó más bien a *Ven a bazaar an berco, siño Sheridan*. El turco sonrió. *Y si sabe lo que le conviene, no haga más preguntas*, le dijo aquella sonrisa, y luego lo hizo en voz alta y clara, sin acentos.

Sheridan no había vuelto a preguntar más, aunque eso no significaba que no hubiera seguido intrigado. Le daba vueltas y vueltas, con el deseo de poder volver atrás para darle más y más vueltas, para alejarse de la tentación. La segunda vez lo había pasado tan mal como la primera...; la

tercera, ya un poco menos... y a la cuarta, ya había dejado de formularse preguntas sobre el «basseo en berco» y qué esperaba a los niños al final del recorrido.

Sheridan estacionó la furgoneta en uno de los lugares señalizados para tal fin que había justo delante del centro comercial; casi siempre aparecían vacíos porque estaban reservados para los inválidos, eso impedía que los agentes de seguridad del centro comercial sospecharan nada; además, esos estacionamientos resultaban muy apropiados.

«Siempre finges que no saldrás a buscar, pero luego robas una placa de inválido uno o dos días antes».

¿Qué más daba toda esa basura? Se encontraba en un aprieto y ese crío podía sacarle de él.

Se apeó de la furgoneta y se dirigió hacia el niño, que miraba a su alrededor con un pánico cada vez más azorado reflejado en el rostro. «Sí —pensó—, tiene cinco años, quizá seis... aunque es un tanto delgaducho». Bajo el intenso brillo de los fluorescentes que se filtraba por las puertas de cristal, el niño se veía pálido y enfermizo. Quizá estuviera enfermo de verdad, pero Sheridan supuso que sería a causa del susto.

El pequeño miraba, esperanzado, a la gente que pasaba por su lado; personas que entraban en el centro comercial, deseosas de comprar, y que salían cargadas de paquetes, con rostro aturdido, como drogadas, y con un aspecto que tal vez consideraran como de satisfacción.

El niño, que vestía unos tejanos lavados a la piedra y una camiseta con el anagrama de los Penguins de Pittsburgh, buscaba ayuda; buscaba a alguien que se fijara en él y notara que algo iba mal; buscaba a cualquier persona que le formulara la pregunta adecuada: «¿Has perdido a tu papá, hijo?», por ejemplo; buscaba un amigo.

«Aquí estoy —pensó Sheridan mientras se acercaba a él—. Aquí estoy, hijito. Yo seré tu amigo».

Estaba a punto de abordar al niño cuando vio que, por el vestíbulo, un guardia de seguridad del centro comercial

se dirigía despacio hacia las puertas. El hombre buscaba algo en el bolsillo, quizá un paquete de cigarrillos. El tipo saldría, vería al niño y le arruinaría el negocio a Sheridan.

«¡Mierda!», pensó Sheridan, pero, al menos, cuando el policía saliera no lo pescaría hablando con el niño. Hubiera sido peor.

Sheridan retrocedió un poco y se dedicó a buscar en sus propios bolsillos, en un intento de fingir que se aseguraba de tener las llaves. Su mirada pasó rápidamente del niño al guardia de seguridad y de éste al niño de nuevo, el cual había comenzado a llorar. No lo hacía a gritos, aún no, pero los lagrimones, que parecían rojizos bajo el resplandor del letrero del CENTRO COMERCIAL COUSINTOWN, le resbalaban por las suaves mejillas.

La joven del mostrador de «información» le hizo una seña al guardia y le dijo algo. Era guapa, morena, de unos veinticinco años; el agente tenía el pelo de un color arena y lucía bigote. Cuando se acodó en el mostrador y sonrió a la chica, a Sheridan se le ocurrió pensar que se parecían a aquellos anuncios de cigarrillos que salían en las contraportadas de las revistas. «El espíritu de Salem». «Enciende mi Lucky». Él se moría ahí fuera y ellos, dentro, de charla. En ese momento, la chica hacía una caída de ojos. Qué monada.

De repente, Sheridan decidió arriesgarse. El pecho del niño comenzaba a agitarse, y tan pronto como se pusiera a llorar a gritos, alguien repararía en él. No le hacía gracia actuar con un guardia a menos de doce metros de distancia; pero si dentro las veinticuatro horas siguientes no cancelaba los pagarés que firmara en Reggie's, un par de tipos muy fornidos irían a visitarle, y le harían una operación de cirugía improvisada en los brazos, para agregarle varios centímetros en cada uno.

Se dirigió hacia el niño. Sólo era un hombre corriente, vestido con una vulgar camisa Van Heusen y pantalones caqui: un hombre con un rostro ancho y normal que, a prime-

ra vista, daba sensación de amabilidad. Se inclinó sobre el pequeño, con las manos apoyadas justo encima de las rodillas, y el chiquillo volvió su pálido y asustado rostro hacia el de Sheridan. Sus ojos eran verdes como las esmeraldas, y las lágrimas que los bañaban acentuaban su color.

—¿Has perdido a tu papá, hijo? —le preguntó, amable Sheridan.

—A mi *Popsy* —repuso el crío, al tiempo que se enjugaba las lágrimas—. ¡Mi papá no está aquí, y no... no puedo encontrar a mi *Po...* a mi *Pooopsy!*

Rompió a llorar de nuevo, y una mujer que se disponía a entrar, se volvió a mirarle, con una vaga preocupación reflejada en su rostro.

—No pasa nada —le dijo Sheridan.

La mujer prosiguió su camino.

Para tranquilizarle. Sheridan rodeó los hombros del niño con un brazo y lo condujo despacio hacia la derecha, en dirección a donde tenía la furgoneta. Luego, echó una mirada hacia el centro comercial.

El guardia de seguridad tenía el rostro casi pegado al de la joven de información. Parecía como si hubiera algo bastante ardiente entre ellos...; de no ser así, pronto lo habría. Sheridan se relajó. Tal y como estaban las cosas, si atracaran el Banco del vestíbulo, el poli no se enteraría de nada. Aquello empezaba a parecerle pan comido.

—¡Quiero ir con mi *Popsy!* —lloró el niño.

—Por supuesto, seguro que sí —dijo Sheridan—. Y vamos a buscarlo ahora mismo. No te preocupes.

Condujo al niño un poco más hacia la derecha.

El pequeño lo miró desde su escasa altura con un asomo de repentina esperanza.

—¿Y podrás encontrarle?

—¡Claro que sí! —exclamó Sheridan con una sonrisa—. Se podría decir que buscar *Popsies* perdidos es una de mis especialidades.

—¿De verdad?

El niño esbozó una ligera sonrisa, aunque sus ojos continuaron estando llorosos.

—De verdad —respondió Sheridan.

Se volvió a mirar de reojo al interior del centro comercial para asegurarse de que el guardia, al que apenas lograba ver (y quien apenas lograría ver a Sheridan y al niño si levantaba la vista), seguía subyugado. Y así era.

—¿Cómo iba vestido tu *Popsy*, hijo?

—Llevaba el traje —respondió el niño—. Casi siempre lleva su traje. Sólo una vez lo vi con tejanos.

Hablaba como si Sheridan tuviera la obligación de saberlo todo sobre su *Popsy*.

—Apuesto a que el traje es negro —aventuró Sheridan.

Los ojos infantiles se iluminaron y lanzaron unos rojos destellos bajo el luminoso del establecimiento, como si sus lágrimas se hubieran convertido en sangre.

—¡Lo has visto! ¿Dónde?

Olvidadas las lágrimas, el niño, ansioso, se dirigió hacia las puertas de entrada, y Sheridan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no agarrarle allí mismo. De nada le serviría. No podía montar un número. Debía evitar cualquier acción que la gente recordara más tarde. Tenía que meterlo en la furgoneta. Todos los cristales de ésta eran ahumados excepto el del parabrisas: incluso a un palmo de distancia, resultaba poco menos que imposible ver lo que iba en su interior.

Lo primero era meterle en la furgoneta.

Tocó al niño en el brazo.

—Hijo, no lo he visto ahí dentro —dijo—. Sino por allá.

Señaló hacia el enorme estacionamiento con sus interminables grupos de coches. En el extremo opuesto había un camino de acceso, y, más allá, podían verse los dobles arcos amarillos de McDonald's.

—¿Y para qué iría *Popsy* hacia allá? —inquirió el niño, como si Sheridan o *Popsy*, o quizá ambos, se hubieran vuelto completamente locos.

—No lo sé —respondió Sheridan.

Su mente funcionaba a toda velocidad; avanzaba como un tren expreso, lo que hacía siempre que necesitaba llegar al punto en que debía dejarse de rodeos y zambullirse en la piscina con decisión o cagarla con toda honra. *Popsy*. Nada de papá, ni de papi, sino *Popsy*. El niño mismo le había corregido a él. Sheridan llegó a la conclusión de que *Popsy* sería el abuelo del pequeño.

—Pero estoy seguro de que se trataba de él. Un hombre mayor, con un traje negro, cabello blanco..., corbata verde...

—*Popsy* lleva la corbata azul —le contradijo el niño—. Sabe que es la que más me gusta.

—Ya, puede que fuera azul —dijo Sheridan—. Con estas luces, nunca se sabe. Anda, sube a la furgoneta que te llevaré con él.

—¿Estás seguro de que era *Popsy*? No entiendo para qué iría *Popsy* a un sitio donde...

Sheridan se encogió de hombros.

—Mira, niño —dijo—, si estás seguro de que no era él, será preferible que lo busques tú solo. A lo mejor lo encuentras cuando menos te esperas.

Y se alejó de repente en dirección a la furgoneta.

El niño no lo siguió. Sheridan pensó en regresar y volver a intentarlo, pero el asunto se había alargado demasiado; o mantenía al mínimo las posibilidades de llamar la atención o tal vez consiguiera veinte años en Hammerton Bay. Era mejor que se marchara a otro centro comercial. A Scoterville, quizá. O a...

—¡Eh, señor, espérame!

Se trataba del pequeño. En su voz se traslucía el pánico. Se oyó el sonido sordo de las zapatillas.

—¡Espera! Yo le había dicho que tenía sed. Supongo que iría hasta allí para buscarme algo de beber. ¡Espera!

Sheridan se volvió, todo sonrisas.

—Lo cierto es que no iba a abandonarte, hijo.

Condujo al niño hasta la furgoneta, que tenía cuatro años y estaba pintada de un azul indefinido. Abrió la puerta y le sonrió; el niño lo miró, dubitativo, con aquellos ojos verdes nadándole en su pálida carita.

—Entra en mi reino —dijo Sheridan.

No tenía problema con las tías, y tampoco con la bebida, porque sabía prescindir de ambas cosas cuando quería. Su problema lo constituían los naipes; cualquier clase de naipes, con tal de que fueran del tipo que te permite entrar en juego cambiando billetes por fichas. Había perdido empleos, tarjetas de crédito, la casa que su madre le había dejado... Jamás había estado en la cárcel, al menos hasta ese momento: pero la primera vez que tuvo problemas con el señor Reggie, llegó a pensar que la cárcel, comparada con aquello, sería como una cura de reposo.

Aquella noche había perdido un poco la razón. Llegó a la conclusión de que lo mejor era perder al comenzar la partida. Porque si perdía de entrada, se desanimaba y se marchaba a su casa, veía un rato a Carson en la televisión y, después, se acostaba. Pero cuando ganaba un poco al principio, seguía jugando. Esa noche, Sheridan había insistido, y acabado con una deuda de diecisiete mil dólares. Ni él mismo podía creérselo; volvió a su casa aturdido, casi azorado por la enormidad de la cifra. En el coche, no cesaba de repetirse que al señor Reggie no le debía setecientos ni siete mil, sino ¡diecisiete mil dólares! Cada vez que ese pensamiento volvía a su mente, se echaba a reír a lo tonto y subía el volumen de la radio.

Sin embargo, a la noche siguiente, no se echó a reír a lo tonto cuando los dos gorilas (los que le retorcerían los brazos de mil maneras, nuevas y curiosas, si no pagaba) lo llevaron al despacho del señor Reggie.

—Pagaré —balbuceó Sheridan de inmediato—. Escúcheme, pagaré mi deuda, no hay problema; sólo es cues-